

NOTAS Y COMENTARIOS

“L’ ETRE ET L’ ESSENCE ” de Etienne Gilson

Toda filosofía está cimentada sobre una teoría del ser y hunde sus raíces y se alimenta de una metafísica, no siempre manifiesta. En la actualidad la metafísica recobra toda su significación fundamental, de que había intentado privarla el kantismo, primero, y el positivismo, después. El debate entre el racionalismo esencialista y el irracionalismo existencialista se instala precisamente en el sentido mismo y en la estructura íntima del ser.

¿Qué es el ser? Esa pregunta, formulada ya en los albores de la filosofía griega, se repite sin cesar en cada época y alcanza nuevamente el primer plano en la temática filosófica de hoy.

Bajo su aparente simplicidad el ser nos oculta su íntimo misterio, que el metafísico intenta develar.

El presente libro de Gilson formula una nueva respuesta a esa pregunta permanente. El autor de este libro se esfuerza por aprehender la estructura del ser desde el enfoque histórico y filosófico.

Historiador de la filosofía y a la vez filósofo, Gilson estaba pertrechado para penetrar en el alcance profundo de la solución ontológica de los grandes filósofos, no con intención de pura erudición, sino de aprehensión, con su ayuda, del verdadero sentido del ser, de su entrada íntima velada a primera vista.

Por su penetración histórica y sólida fundamentación doctrinal de la solución metafísica ajustada a la verdad ontológica, *L'être et l'essence* de Gilson constituye una de las más vigorosas y serias contribuciones de nuestro tiempo ordenado al esclarecimiento de este tema central de la metafísica. Dirigida a la dilucidación positiva del ser en su faz histórica doctrinal, la obra proyecta, sin embargo, la luz de sus principios sobre los problemas actuales de la filosofía.

El ser *es lo que es, algo que es*. Entraña una dualidad en su intimidad. una esencia: *lo que*, referida a algo distinto de ella, *es una esencia que existe o puede existir*. En la primera parte de su obra, -la más extensa- Gilson esclarece con aguda penetración y abundante erudición el problema del ser en el plano histórico.

Analiza y desentraña el sentido de las grandes posiciones metafísicas representadas por Platón, Plotino, Aristóteles, Santo Tomás, Avicenna, Suárez, Wolff, Kant, Hegel y

Kierkegaard, desde la noción misma del ser en que se nutren y desde donde brotan. Lo hace con abundante erudición y sobre todo con fina penetración filosófica.

La secular inquisición de la ontología: qué es el *ser* -última instancia de toda investigación filosófica- encuentra, en definitiva, dos respuestas antagónicas: la de los racionalistas *esencialistas*, y la de los irracionalistas *existencialistas*. Tal es la trama última en que ordena y dilucida Gilson su Inquisición histórica.

La dificultad misma de la aprehensión de la existencia connaturalmente conduce a la inteligencia humana a esencializar el ser o a reducir su principal constitutivo -el de la existencia- a pura esencia, único elemento asible por el concepto. Sólo vigilando sobre sus pasos, puede la mente humana alcanzar la noción plena del ser, sin descarriarse, reduciendo la existencia a la esencia. Parménides, Platón y Plotino *esencializan* el ser. Por eso, para ellos, se da perfecta adecuación entre el ser y el pensar (racionalismo). La realidad del ser es perfectamente asimilable por la inteligencia, nada hay en el *ser* que trascienda la diafanidad de los conceptos. Sin embargo, todos estos filósofos, anota Gilson, vislumbraron la verdadera estructura del ser: la esencia no agota la realidad del ser, e hicieron depender, por eso, el mundo de las esencias de algo superior: *el Uno* (Parménides y Plotino) y el *Bien* (Platón). Vislumbraron bien, por una parte, que la esencia no es la instancia ontológica suprema, que el ser no se agota ni adecua plenamente con la esencia; pero, por otra, no acertaron a ver con justeza esto que rebasa a la esencia ni a señalar, por ende, el constitutivo último del ser, el cual verdaderamente no es sino la existencia como acto o perfección de la esencia. No aparece claro que Parménides y Platón hayan trascendido el plano de la esencia, pues el *Uno* de aquél y la idea de *Bien* de éste aparecen como esencias supremas. El *Uno* de Plotino, en cambio, incomprendible y trascendente a todo concepto, en si mismo inefable y a la vez y paradójicamente fuente de la inteligencia con sus ideas y del alma, apunta obscuramente a la *Existencia* pura identificada con la *Esencia* (Dios), Causa creadora de toda esencia existente.

En torno al problema central y para dilucidarlo adecuadamente, ofrécenos Gilson agudas observaciones, que aportan nueva luz a los problemas de hermenéutica histórica sobre la concepción de estos grandes filósofos, cuyo pensamiento analiza en lo tocante al tema metafísico. Así v. g.: la solución de Gilson sobre el alcance de la *realidad* de las *ideas* en Platón supera en mucho las interpretaciones corrientes y se presenta como más en armonía con el conjunto de la concepción platónico. El mundo verdaderamente *real* es para Platón el mundo de las *ideas o esencias*, que, por eso mismo, no se puede decir que *existan*. La verdadera realidad es, pues, *esencial* y no existencias. La *existencia* pertenece precisamente al

mundo menor real, al mundo material -intermedio entre el ser y no ser- objeto no de ciencia (conocimiento puramente conceptual o de esencias) sino de *opinión*. *Atribuir existencia* al mundo de las ideas equivaldría para Platón a introducir un elemento espúreo de no-ser en la realidad pura de las esencias o ideas, que simplemente son. De este modo, Platón es interpretado y asido en su preciso sentido desde su propia concepción. Atribuir existencia a las ideas platónicas es medir la concepción del filósofo griego con un canon que pone el ápice de la realidad en la existencia, ajeno y hasta opuesto al del autor. Las ideas platónicas, precisamente porque son plenamente ser, no existen, se constituyen en un mundo puramente esencial, superior y no contaminado de existencia.

No menor es la luz que Gilson aporta para la comprensión del *Uno* de Plotino. Este Ser originario, realidad suprema y fuente de todas las demás, inasible por vía conceptual está señalando una existencia pura y trascendente al mundo de las esencias existentes. De lo cual Gilson infiere también que Plotino no es panteísta, pues, lejos de identificar, coloca una diferencia radical entre el Uno y el mundo.

El ser en Aristóteles es ante todo la *substancia*. Tampoco el Estagirita alcanzó la noción cabal del ser, no trascendió la composición esencial de materia y forma, no alcanzó la más profunda de esencia y existencia. Parecería, según la interpretación de Gilson, que identificó la esencia o forma con la existencia.

Tal interpretación de Gilson explicaría porque Aristóteles no conoció la creación, como tampoco ningún otro filósofo griego antes de Cristo. En efecto, la creación es un problema que afecta ante todo a la existencia, al origen del *ser real* y no a su constitución intrínseca, en la que Aristóteles se habría detenido sino exclusivamente, al menos eminentemente. Lo único cierto es que la acción del Acto puro (Dios) sobre el mundo en Aristóteles es primordialmente una moción de Fin o Bien supremo, que imprime un orden u organización final en las cosas.

Con la interpretación de Gilson no concuerdan Maquart y otros autores. Y ciertamente ella no aparece tan convincente como las otorgadas a Parménides, Platón y Plotino, ya que la doctrina del acto y la potencia parece que debía conducir al Estagirita a la afirmación de la existencia como principal constitutivo del ser.

De todos modos Gilson ofrece una interpretación concordante con los textos de Aristóteles y que ilumina ciertos puntos de su pensamiento, que de otro modo quedarían excesivamente oscuros.

Recién con Santo Tomás es alcanzada plenamente la verdadera e íntima estructura del ser, su composición de esencia y existencia como potencia y acto. El ser es *lo que es*, es la *esencia*

asible en el concepto, pero referido esencialmente a algo que no es ella y que la supera, a la *existencia*, de quien recibe toda su actualidad o realidad. Lo real es verdaderamente lo existente. La esencia sólo llega a ser real por la existencia como acto y como causa suya. Todo el orden esencial se funda en la existencia pura de Dios: las esencias, aun como posibles, sólo tienen sentido como participación de la existencia, y llegan a ser reales por el influjo causal de la existencia y de la infinita Existencia, en última instancia. Y dentro del ser real, toda su realidad le viene del acto de la existencia. Es cierto, esta existencia por si sola no es el ser, es un constitutivo del ser que necesita de la potencia de la esencia, para constituir con ella, como acto suyo, el ser estrictamente tal. La esencia por si sola tampoco es el ser, ni siquiera conserva de suyo la existencia, de la que recibe toda su realidad.

La existencia, precisa Gilson el pensamiento tomista, no es un acto de la esencia a la manera de una forma que determina la materia y, con ella, el ser de tal o cual especie, ni es algo accidental al ser: es el acto que le confiere realidad y que la saca de la nada: todo lo que el ser realmente es lo tiene por la existencia, pues aun la misma esencia es tal y se constituye en realidad por la existencia.

La dificultad de aprehender la existencia hace que esta conquista difícil de la noción del ser, lograda con tanta precisión por Santo Tomás, se pierda nuevamente, casi de inmediato después de él. En efecto, lo aprehensible en el concepto, lo inteligible, es la esencia o constitutivo del ser. La existencia, al trascender la esencia, no se deja aprisionar por él. Es algo distinto de la esencia, pero no como una cosa, sino como su acto o perfección. De ahí la proclividad, la insistente tendencia de la inteligencia a suprimir ese elemento perturbador del conocimiento conceptual, que es la existencia, a reducirlo o incluirlo de algún modo en la esencia.

Tal es el sentido de la ontología de Avicenna, Escoto, Suárez y Wolff, el discípulo de Leibniz: una *ontología esencialista*. Suárez, advierte Gilson, es el verdadero fundador de la ontología, quien da autonomía a esta disciplina filosófica, desvinculándola del tradicional comentario a la Metafísica de Aristóteles, pero en su afán de esclarecer plenamente el ser, lo esencializa e incluye la existencia en la esencia. El autor penetra finamente en el pensamiento de Suárez a la luz de sus propios textos y de los de uno de sus más fieles intérpretes contemporáneos, el P. Descoqs, desentrañando todo su valor y significación. Suárez se opone - con razón a la distinción real de esencia y existencia concebidas a la manera física de materia y forma, tal como deformadamente la concebían ciertos tomistas. La argumentación de Suárez y Descoqs, eficaz contra esa concepción deformada de la distinción real de esencia y existencia,

no alcanza, sin embargo, la distinción y composición real *Metafísica* de potencia y acto, tal como la defiende Santo Tomás.

Wolff, quien según su propia confesión se inspira en Suárez, en alas del racionalismo leibniziano, conduce hasta el fin la esencialización o racionalización del ser.

Kant "neutraliza la existencia" (la "cosa en sí"). La admite, pero dejándola más allá del alcance valioso de nuestros conocimientos, de nuestros conceptos que se organizan sobre los fenómenos y no sobre la existencia. Lo que nuestra inteligencia maneja son esencias o conceptos -síntesis de elementos sensibles y de formas a priori de la inteligencia- sobre la base de la cosa en sí, que queda, sin embargo más allá del conocimiento mismo, como su condición incondicionado.

El esfuerzo más vigoroso y verdaderamente genial por suprimir *ese algo* distinto y trascendente al concepto y alcanzar así la esencialización plena del ser estaba reservado a Hegel. El ser es lo inteligible o racional, y lo racional es el ser. La adecuación entre *concepto* y *ser* es total: es *identidad* perfecta. El ser es inteligible, conceptual, hasta tal punto que *ser* y *concepto se identifican*. La existencia como ser en sí, trascendente al pensamiento, está eliminada. Únicamente se busca el modo dialéctico de **dar** razón de ella desde el concepto o esencia, que de esta manera realmente la devora para extraerla luego *de sí* como pura instancia de su inmanente desenvolvimiento racional. Nada hay fuera de la Idea, todo el ser o **realidad** es esencia o concepto, inteligiblemente transparente en toda su *ri*dad y devenir.

Contra semejante conceptualización u objetivación total del ser, **con'** su entera *esencialización* -que el sistema hegeliano ejemplarmente **encarna**- reacciona el existencialismo de Kierkegaard. *Lo real es la existencia.*, La existencia no es racional y, por tanto, tampoco asible por conceptos. La existencia se nos da inefable e irracionalmente, no como esencia u **objeto** frente al que nos ubicamos, sino como *sujeto* en el que estamos.

Así como el racionalismo, de Hegel principalmente, *esencializa la existencia*, el existencialismo de Kierkegaard y de sus continuadores **-existencializa la esencia**, con la cual invalida el concepto y la inteligencia y pretende sumergirse en una experiencia irracional.

Indudablemente esta reivindicación de la existencia -sobre todo en Kierkegaard- implica un esfuerzo violento y una tensión contra el fácil descenso con que la inteligencia tiende a la esencialización, a la inteligibilidad total del ser. Pero también es verdad que una intuición irracional de la existencia nos sumerge en la oscuridad de la experiencia sensible, en la cual no es posible captar ni la esencia ni la auténtica existencia, sino sólo concretamente los distintos actos de la actividad humana.

He ahí la noción del ser históricamente distendida y desgarrada en sus dos extremos: *esencialización de la existencia o existencialización de la esencia*; y en ambos casos destrozada en su íntima realidad.

Porque la verdad es que el ser no es ni sola esencia ni sola existencia. Esencia y existencia no son ni constituyen separadamente el ser. Una vez más, el ser es *lo que es: una esencia que existe* o puede existir. Esencia y existencia son los constitutivos del ser, relacionados entre sí, respectivamente, como potencia y acto. Sólo en Dios la Esencia se identifica y es la pura e infinita Existencia.

Tras este desarrollo histórico del problema, una segunda parte del libro trata de dar en forma positiva la solución filosófica del problema de la estructura íntima del ser.

En un agudo análisis del conocimiento en su aspecto lógico -el capítulo mejor logrado de la obra, a nuestro entender- Gilson pone en evidencia cómo el ser sólo es aprehensible en el juicio. La existencia trasciende y se evade del concepto, que sólo la aprehende abstrayéndola de la realidad existencias del ser estrictamente tal. La inteligencia aprehende la existencia en el juicio, en el acto en que devuelve a la realidad existencias de la intuición esa esencia conceptualmente abstraída de aquélla. Por eso, observa agudamente Santo Tomás, todo juicio se resuelve, en última instancia, en la intuición sensible, en la que empíricamente es tocada y aprehendida la existencia. Recién en el juicio es captada la realidad o ser plenamente tal por su integración de la esencia en la existencia. La existencia es el acto, la realización de la esencia. Semejante dualidad de la existencia rebasando y actualizando la esencia dentro de la unidad del ser es aprehendida y reflejada en la dualidad conceptual de sujeto y predicado incluida y superada por la unidad del acto del juicio.

En un prolijo análisis al respecto Gilson penetra críticamente en la estructura del juicio de existencia, poniendo de manifiesto su irreductibilidad al mero juicio atributivo: hay en él algo que rebasa los conceptos del sujeto y predicado y la atribución de éste a aquél en el orden de la esencia. Y ese *algo* es precisamente la *existencia*, que se integra en la esencia no como nueva nota suya, de su mismo orden, sino como algo que la re. basa, conceptualmente inasible, y que le confiere su acto o realidad. Es decir, que en el juicio de existencia -y en todo juicio que lo incluye hay algo más que la atribución de la nota esencial del predicado al sujeto. La afirmación -o negación- del juicio trasciende el plano de la esencia, toca el de la existencia, en el que funde en identidad el predicado con el sujeto.

En este punto Gilson subraya con fuerza cómo el conocimiento se realiza a la manera de comunicación e identidad intencional de *sujeto y objeto existente*: la existencia del acto del

sujeto cognoscente se comunica y penetra en la existencia del objeto conocido, hay una comunicación e identidad existencias de ambos en cuanto distintos (*sujeto-objeto*). El autor vuelve sobre una tesis gnoseológica, que le es particularmente cara y sobre la que ha insistido con fuerza en diversas ocasiones: *el conocimiento* nos pone en posesión inmediata del objeto en este plano existencias. El idealismo, en el planteo mismo del problema crítico, substituye el *conocimiento* por el *pensamiento* desvinculado, vacío de la realidad, y en cuyo análisis vanamente se podría, por eso, encontrar después esa misma realidad. También el idealismo esencializa el ser, lo priva de su carácter eminentemente existencias, tal cual se nos da en el conocimiento, es decir, en el juicio en que recién verdaderamente conocemos o existencialmente nos ponemos en contacto o identidad intencional con el ser y aprehendemos en su unidad real la dualidad de sus constitutivos de esencia y existencia.

Este es, en síntesis, el rico contenido del libro de Gilson. Lo hemos querido exponer con detención por la extraordinaria significación que encierra su aporte histórico y doctrinal. Su valor estriba no sólo ni principalmente en la penetración del significado del ser en los grandes maestros de la filosofía y en la consiguiente interpretación dada a sus respectivos sistemas, sino sobre todo en la dilucidación positiva del problema mismo ontológico, lograda al final de la obra, ya en un plano decididamente filosófico, con la confluencia en un solo haz de las luces de la historia de la filosofía, de la lógica, de la metafísica y de la-gnoseología, que nos develan el misterio del ser, su estructura íntima y, con ella, la correlativa del conocimiento. Ampliamente histórica -materialmente la parte más extensa del libro está consagrada a la historia- apretada, densa de doctrina, por momentos difícil y casi abstrusa, y llena de atisbos y observaciones agudas que iluminan los senos profundos de la entraría ontológica, la obra de Gilson es ante todo una meditación concentrada en el tema fundamental de la filosofía: el *ser*, desarrollada con todos los abundantes recursos históricos y doctrinarios de que es dueño y maestro su eminente autor y que confluyen al esclarecimiento adecuado del problema planteado, bajo sus diversos aspectos, y cuya solución incide y dilucida los diferentes problemas de la filosofía de hoy, planteados principalmente por el idealismo, la fenomenología y el existencialismo.

Pese a su densidad y riqueza doctrinal, el libro toma al lector desde el principio al fin, lo aprisiona en su tema apasionante y lo cautiva con el embeleso de una prosa llena de vida y de fuerza.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi